



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



I

Un punto de ciencia

El doctor Palgrave...

¿Es necesario presentarlo?

¡Es tan conocido!

Discípulo, brillante discípulo de Charcot, tiene por especialidad las enfermedades nerviosas; ha publicado un notable volumen sobre la catalepsia; ha penetrado profundamente en los misterios del magnetismo; su reputación es tal, que le llegan clientes, y, sobre todo clientas, de los más lejanos países; su despacho se ve asediado; si no se quiere esperar, hay que escribir de antemano; entonces fija día y hora.

¡Son mil francos!

Una mañana, se disponía á abrir su correspondencia con su secretario, joven médico de porvenir, cuando le atrajo la atención una de las cartas.

—El capitán Luciano de Ouessant—dijo á su secretario después de haber leído,—pide una consulta. La fijaréis para pasado mañana á las diez de la mañana. Pero no os olvidaréis de recordar á este capitán que son mil francos.

—¡Le es igual!—contestó el secretario.

—¡Cómo! ¿le conocéis?

—Todo París le conoce menos usted, mi querido maestro.

—¿Es rico?

—Es propietario de la tercera parte de una mina de brillantes en el Transvaal, mina que produce enormes beneficios. Es un boer.

—¡Ah! No es francés.

—Descendiente de franceses. Su tatarabuelo fué un protestante que emigró al cabo de Buena Esperanza, cuando la revocación del edicto de Nantes.

—Es capitán... ¿de qué?

—De la milicia del Transvaal.

El doctor se echó á reír.

—Pero querido maestro—le dijo su secretario—esta milicia es un pequeño ejército muy aguerrido; ha aplastado á los ingleses en tres encarnizados encuentros y el capitán Luciano de Ouessant es uno de los héroes de esta guerra que hizo muy joven, en la vanguardia mandada por su cuñado, M. de Estournelles.

—¡Cómo! ¿Es hermano de esa madama de Estournelles, de la que tanto se habla? Según parece también esta dama se ha batido.

—Sí, al lado de su hermano y de su marido.

—Dicen que es muy hermosa.

—Muy hermosa, y además poetisa y

música; una artista de exquisita originalidad.

—¿Y el hermano?

—Se le parece mucho. ¡Soberbio! Un moreno lleno de expansión y de simpatía. Su cabeza tiene una expresión extraña, como la de su hermana. Le aseguro que no es vulgar. Por eso tiene éxitos de salón prodigiosos.

—Lo cual habrá gastado su salud.

—Al contrario; se conserva admirablemente.

—Entonces, ¿á qué viene una consulta?

—No lo sé. Para verle á usted tal vez. Es usted un hombre célebre.

—¿Y dará mil francos para hablar unos minutos conmigo?

—¿Y qué son mil francos para él? En cuanto á sus éxitos hay que distinguir. Muchas de las mujeres del gran mundo se han chiflado por él; pero él ha permanecido fiel hasta estos últimos tiempos á una viuda joven que trajo del Transvaal; pero hace dos meses murió de fiebre tifóidea.

—¿Qué edad tiene?

—Veinticinco años; creo que empieza á aburrirse en París. Tiene una gran empresa en la cabeza, pues me ha preguntado si conocería á dos cirujanos jóvenes, en sus comienzos, que lucharan contra la dificultad de crearse una clientela y que consintieran en formar parte

de una excursión militar de aventuras. Le he indicado dos de mis amigos.

—Y ¿no sabe usted á dónde quiere ir?

—A las Indias, á conquistar un reino.

—¿Entonces contra los ingleses?

—Estos quisieran el Nepal y desean concluir una paz que le pondría en estado de vasallaje. La guerra aún no ha comenzado contra el Nepal, pero ha comenzado contra el pequeño reino de Missorah, que los ingleses no han conseguido someter, pues la inexpugnable fortaleza de Rampeyo se sostiene sin cesar. Creo que el capitán quiere ahuyentar á los ingleses que sitian la fortaleza y convertirse en soberano de ese pequeño Estado.

—Pero necesita para esto un ejército.

—Pretende que le basta hollar la tierra con el pie para tenerlo.

—Es un loco.

—¡No! Es un espíritu aventurero, pero que calcula y raciocina cuerdamente. Por lo demás, no he hecho más que rozar el asunto con él; cuando hablábamos de su expedición fuimos interrumpidos por la duquesa de Boissigrand que ha acaparado al capitán, de manera que en el momento en que iba á hablarme de la reina de Missorah, con quien pretende casarse, la duquesa se lo ha llevado.

—Pero este capitán es asombroso. Quiere casarse con una reina...

—Muy asombroso; pero es hombre de los que llegan donde quieren, pues tiene audacia, un valor inaudito y una apreciación muy justa de todas las cosas.

—Y esta reina, ¿es joven?

—Querido maestro, ya se lo he dicho á usted: la duquesa se me ha llevado al capitán en el momento en que iba á entrar en detalles. Como sabe usted, la duquesa monta admirablemente; sin embargo, se ha equivocado comprando un pura sangre de la Plata inmontable. Su plicó al capitán que lo domara, pues es un maravilloso caballero que ha aprendido de un cafre el secreto de domar un caballo cerril.

—¿Entonces es un Rarey?

—Más fuerte que Rarey.

—En fin, ya veremos pasado mañana á este hombre extraordinario.

Y el doctor se puso á leer otras cartas.

A los dos días, á la hora señalada, se presentaba el capitán.

No tenía nada de militar.

Era un joven guapo, de rasgos aquilinos, de bigote negro y ojos pardos, francos, atrevidos, burladores; elegante sin ninguna afectación, decidido sin nada de chocante ni de provocador; muy simpático, en una palabra.

—Doctor—dijo después de haber saludado,—ya sé que el tiempo de que dispone es precioso, y por ello no abusaré de él. He venido á preguntarle: ¿Cree usted, como se dice, que los sacerdotes de la India tienen raros secretos? Sobre todo, ¿es verdad que dan de beber á los faquires cierto licor; que los colocan luego en un sarcófago de piedra, que los entierran, y después de varios meses se les desentierra y el faquir continúa viviendo? He venido únicamente para saber la opinión de usted acerca del particular. ¿Lo imposible sería posible, lo inverosímil verdad?

El doctor no vaciló.

—Capitán — díjole, —el hecho está probado científicamente; experiencias indiscutibles, realizadas bajo la fe de doctores ingleses, han puesto la cosa fuera de duda. Además, ¿no sabe usted que han sido enterrados individuos á quienes se creía muertos, y que sólo estaban bajo la acción de la catalepsia, los cuales, despertándose debajo de la tierra, se han roído los dedos de desesperación?

—De esta suerte, ¿una joven podría ser dormida, enterrada y resucitada por los sacerdotes indios?

—Es posible; sí, este imposible es posible, como usted dice.

—Doctor, esto es todo lo que necesi-

taba saber. Por ello le doy á usted las gracias.

—Por lo que parece, su reina duerme en una tumba.

—¡Ah! ¿sabe usted eso?

—Sí. Al menos mi secretario me ha hablado de los proyectos de usted, y, por su pregunta, adivino que la joven reina ha sido sometida á un sueño cataleptico por medio del licor de los magos indios.

En el mismo momento, el ujier del doctor llamó á la puerta, la abrió con permiso, y anunció al gran duque Wladimiro de Rusia.

Por muchas ganas que tuviera el doctor de continuar la conversación, fué preciso recibir á su alteza y despedir al capitán, que no tuvo tiempo de contar la historia de la reina Missorah, cosa que el doctor lamentó mucho.

II

El primo

D'Ouessant tenía un primo, un transvaalense como él; se lo había traído á París cuando salió de aquel Estado; siendo este primo huérfano de padre y madre, d'Ouessant no quiso dejarlo solo, abandonado á sí mismo; además, te-

nía el propósito de que cursara estudios serios.

Se había buscado y hallado un preceptor inteligente que, despreciando los lentos métodos de la Universidad, había trazado un programa cuya ejecución debía bastar para transformar al joven transvaalense en un cumplido caballero, cosa que había conseguido por completo.

Luciano d'Ouessant estaba orgulloso de León de Montbrun, á quien miraba más como un hermano que como un primo.

Sin ser tan rico como d'Ouessant, de Montbrun tenía una hermosa fortuna, de la que, por de pronto, tan sólo percibía las rentas, pues, aún era menor de edad; hacía en París un bonito papel.

Esta fortuna la heredó de su padre, gran cazador de elefantes y rico tratante en marfil.

Hermoso joven, gentil, rubio, de aire emprendedor, triunfaba á menudo cerca de las mujeres de mundo.

Sin embargo, no hacía las locuras (muchas veces boberías), de los jóvenes de su edad; hasta trece años había llevado la dura vida de los boers, esos descendientes de los viejos colonos holandeses del Sur de Africa y de nuestros emigrados de la revocación del edicto de Nantes, que habían ido á buscar asilo cerca de esos colonos, protestantes como ellos.

Con su padre había cazado el elefante y el león, el hipopótamo y el rinoceronte, templándose tanto en lo físico como en lo moral.

Más de una vez su vida se vió amenazada como la de su padre, por los negros y la caza mayor; se había formado pronto y rudamente.

Por eso no se dejaba ni embaucar por los *suministradores*, ni querer por los *domésticos*, ni llevar por los *amigos*, ni arruinar por las mujeres.

Era generoso, sí, pero clarividente. Y, sobre todo, muy valiente.

Tres brillantes duelos le habían dado la alternativa; se le temía á pesar de lo joven que era.

Sin embargo, no tenía nada de espadachin.

Se trataba con personas de más edad que él, y su extremada juventud parecía autorizar á los hombres altivos para hablarle fuerte, cosa que no permitía de ninguna manera.

Tenía pocos amigos, y estos pocos escogidos con discernimiento; camaradas muchos, pero también escogidos.

Karnac d'Ouessant, por lo demás, le guiaba admirablemente, aunque le soltara las riendas. Había querido que dispusiera de sus rentas, que tuviera su habitación y su ayuda de cámara, que fuera completamente libre, única manera de formar á un joven.

De Montbrun había llevado la vida parisién inteligentemente; esta existencia parecíale vacía.

Con frecuencia habíale dicho á su primo:

—Ya es tiempo de que haga algo.

Y d'Ouessant habíale contestado:

—Espera; yo también estoy harto de París. Pero hay que aprovechar una ocasión.

Y la ocasión no se presentaba.

Y de Montbrun se impacientaba.

Pero la misma noche del día en que había visto al doctor, d'Ouessant invitó á su primo á comer en casa de Durand, pues, decía la carta, tenía que hablarle seriamente.

Y se habían encontrado á la hora convenida en aquel restaurant, que pasaba por uno de los mejores de París.

En él eran conocidos desde muy jóvenes.

D'Ouessant pidió una habitación que tuviera vistas al *boulevard*, y se la dieron.

—¿Tres, ó cuatro cubiertos? — preguntó el mozo.

—Dos.

—¿Cómo!... Sin...

—No, esta noche no—dijo de Montbrun riendo.—Tenemos que hablar.

—Entonces—dijo inteligentemente el mozo—me las arreglaré para interrumpir lo menos posible á los señores.

—¿Hablas el holandés, José?—preguntó d'Ouessant riendo.

—No, señor.

—Entonces, puedes ir y venir cuantas veces gustes, pues hablaremos en holandés.

—Tanto peor, porque dejaré de comprender las hermosas frases que tan bien hace el señor de Montbrun, y que parten como fuegos de artificio, cosa que deslumbra á las señoras.

Luego, lleno de duda, continuó:

—Pero ¿es que en holandés pueden hacerse frases? Debe ser muy difícil.

—Imposible, José, imposible.

—Ya lo creía yo.

Y se puso á servir los cubiertos.

Los dos Karnac tomaron el madera auténtico mientras miraban el desfile de París por el *boulevard*.

—En quince días,—dijo d'Ouessant,—por lo que se refiere á las parisienses no veremos más que las de á bordo si las hay.

—¡A bordo! ¡Partimos!

—Si quieres.

—¿A dónde?

—A las Indias.

—¿Para qué?

—Para despertar á una mujer que duerme y conquistar un reino del cual quieren apoderarse los ingleses.

—¿Nos batiremos contra los ingleses?

—Sí.

—Me gusta. Pero esta mujer que duerme ¿qué significa?

D'Ouessant refirió su visita al doctor Palgrave y la contestación que éste había dado á su pregunta. Luego añadió:

—Por lo tanto lo indudable es que los faquires son dormidos, enterrados y resucitados. Ahora bien, acabo de leer en el *Times* que en Calcuta ha sido enterrado un faquir que no será desenterrado hasta dentro de tres meses. Quiero estar allí cuando salga de su tumba.

—Yo estaré también, pero... la mujer.

—Es una princesa llamada la *Reina de las Nieves* con quien quiero casarme...

—¡Ah! ¿te casas con ella?...

—¡Sí! Según parece, es de una belleza maravillosa y de gran distinción. Una mujer del género de Renata, mi hermana, una heroína como ella.

—Pero... ¿querrá?

—Ha prometido su mano á quien libertara la fortaleza de Rampeyo y la entregara el reino. Esta nueva ha sido anunciada por toda la India por las palomas sagradas. Es completamente seguro.

—Y duerme...

—Sí, después del descalabro del ejército de su padre, con quien ella combatía, se refugió en Rampeyo, la ciudad santa, donde reside un famoso colegio de

Magos; ha querido dormir en una tumba, como los faquires, á quienes se entierran vivos, y no despertará sino á la voz del vencedor de los ingleses.

—¡Qué idea querer dormir bajo tierra!

—Idea de muchacha, muy lógica.

—Porque durmiendo así no se envejece, desde el momento en que no se vive.

—Realmente.

—Como Rampeyo puede sostenerse diez años, por tener víveres para más tiempo aún y ser inexpugnable y como el salvador puede tardar en llegar, la *Reina de las Nieves* no ha querido envejecer ni afearse con la edad.

—Está bien. Pero ¿por qué se llama la *Reina de las Nieves*?

—Porque su reino va escarpándose por las pendientes del Techo del Mundo y se cubre de nieves durante cuatro meses del año, lo cual es maravilloso á los ojos de los indios. Ya sabes que en el Indostán se achicharran.

—Ahora que estoy al tanto del fin, dime el camino y los medios.

—Te tengo por un boer de cuerpo entero. Te cuento una maravillosa historia oriental y piensas en seguida en el lado práctico.

—En fin, ¿es verdadera tu historia?

—¡Oh! con toda seguridad.

—¿Quieres casarte con ella?

—Este matrimonio de las mil y una noches es mi tentación.

—Veamos ahora los medios con que cuentas para llegar al fin.

—Es necesario que sepas lo que me ha tentado á emprender esta aventura.

Y añadió sonriendo:

—Soy el *elegido* designado, el *salvador* señalado en la frente, *el que espera*.

—¿Hay, pues, signos que denuncian al individuo en cuestión?

—Ya sabes que en las leyendas indias el caballo representa un gran papel; frecuentemente se reconoce al héroe esperado porque monta en presencia del pueblo en un caballo que nadie puede montar y que sólo el rey difunto podía domar.

—Pero este caballo se encuentra en las leyendas de todos los pueblos.

—Pero has de saber que la *Reina de las Nieves* tiene un caballo de carrera que nadie ha podido montar más que ella, y que nadie puede dominar. Ahora bien, el que le dome será reconocido como el salvador esperado.

—¡Vamos! ¡Vamos! Esto parece hecho especialmente para tí.

—Leyendo el caso en los periódicos ingleses, se me ha ocurrido la idea, á causa de lo del caballo, de que podría tentar la aventura, pues sabido es—mo-

destia aparte—que no hay caballo capaz de resistirme.

—No dudo de que triunfarás de este pura sangre indio.

—Arabe de Mascata.

—Bien, árabe, pero ¿cómo vencerás á los ingleses?

—Me he puesto al corriente de la situación política; encontraré un ejército dispuesto, el del rajah del Nepal, que espera verse atacado y que quiere salvar la independencia de su reino. Desde el momento en que me presente como el salvador esperado, toda la India estará de mi parte.

—Un nuevo Nana Saib.

—He enviado por telégrafo una orden á nuestro ingeniero de la mina de los brillantes, para que contrate á esos boers cazadores de elefantes, que serán un sólido centro para un ejército de quinientos ó seiscientos aventureros á los que, oficiales nombrados por mí, escogidos por mí mismo, reclutan para mí en todas partes y que conducirán al Nepal; á cada cual he trazado el camino.

Sacando de su bolsillo un cuaderno, lo puso sobre la mesa y mostró un mapa de la India.

—Mira,—dijo,—he aquí el Nepal. Cada uno de mis seis capitanes tendrá un centenar de hombres que, según es costumbre en la India, viajarán en caravana, y como es natural llevarán trajes

indios; tendrán un convoy de mercancías; una caravana jamás es mortificada, nadie desconfía de los pacíficos mercaderes. Además, pasamos por el territorio de príncipes tributarios de los ingleses, y esos príncipes aborrecen á Inglaterra; si algo se sospechara ayudarían á la caravana en lugar de detenerla.

—Comprendo.

—Yo conduciré á los boers.

—Muy bien.

—Me esperarán en Suez donde embarcarán conmigo. Seré Sir James, que va á fundar expresamente, como hacen tantos ingleses, una plantación de indigo y opio en las Indias.

—Bien pensado, pero ¿cómo llegarás á Rampeyo?

—Tengo un excelente plan según podrás ver. Estoy seguro de ganar por mano á los ingleses.

—Acepto el augurio.

—Y... ¿vienes?

—Con una condición.

—¿Cuál?

—La de que me hagas emancipar. Quiero gozar de todos mis derechos civiles.

—Donosa idea.

—Querido, no se es hombre mientras se tiene un tutor. Y además como habré de correr peligros, quiero hacer mi testamento, cosa que un menor no puede hacer.

—¡Ah! Este es un buen argumento: mañana te haré emancipar en buena y debida forma.

—Gracias.

En aquel momento decía José:

—Señores, la mesa está dispuesta.

Y añadió:

—¡No es muy agradable oír hablar en holandés! ¡Vaya una lengua más dura!

—Para seros más agradable, José, se os hablará en francés.

—¡En buena hora!

Y la figura del bueno de José se tranquilizó.

La comida fué alegre, se derrochó champaña en honor de la *Reina de las Nieves*, y luego los dos comensales fueron á escuchar la composición de moda.

Tres días después, Karnac de Montbrun estaba emancipado.

Al mismo tiempo se iba á ver al notario.

—Señor Renaudin,—le dijo,—mi fortuna asciende á tres millones de francos.

—Tres millones doscientos cincuenta y siete mil, quinientos sesenta y tres francos, en el minuto actual.

—¡Muy bien! Inmediatamente va V. á dar los pasos necesarios para que me abran un crédito de un millón en la sucursal del Banco de Francia en Calcuta.

—¡Un millón!

—Sí, querido señor.

—¿En Calcuta?

—Sí.

—Y ¿por qué en Calcuta?

—Porque voy allí.

—¿Parte V. para las Indias?

—Con mi primo d'Ouessant.

—Ser rico, poder divertirse en París...

—Señor Renaudin ¿quiere continuar V. siendo mi notario?

—Indudablemente.

—Pues bien; por más que soy joven, sé lo que hago, lo que quiero hacer y lo que debo hacer. Venía tranquilamente á cobrar mis rentas, cuando era menor. ¿He hecho tonterías? ¿He contraído deudas? ¿No he e...co...no...mi...za...do... sesenta mil francos? Es esto muy hermoso para un joven de mi edad, cuando hay tantos otros que echan el dinero por la ventana. Y es digno de advertir que no es por avaricia por lo que he atesorado. No he encontrado en que gastar útilmente: esto es todo. Dicho esto le pregunto á V:

—¿Ejecutará V. la orden de bolsa que acabo de darle y sin ningún género de observaciones?

—Sí, señor—contestó el notario amoscado.

—Sobre todo sea V. discreto. Se trata para mí de un gran negocio.

—Tal vez pueda darle á V. un consejo.

—Para un asunto de París, sí; para un asunto de las Indias, no. Pero ¿me promete V. un silencio absoluto?

—Sin duda. Ha reflexionado V. bien, un millón?

—Sí, y aún me quedarán dos. Si me equivoco, volveré prudente y economizaré para desquitarme. Buenos días, señor.

Y sin decir más, de Montbrun salió, dejando al notario sofocado.

Decididamente no era un chiquillo.